

Llenarse el aire vano
 De aromas diferentes,
 Que consuelan el alma afligida,
 Sin que allí sea oída
 Ni bronca voz, ni acento
 Que interrumpa el silencio ni el contento;
 Así el grande salon de Otondo estaba,
 Otondo, que sociable en él juntaba
 Tertulia tan amena y numerosa,
 Que jamas otra igual se vió en la córte;
 Como estaba gozosa,
 Y cada cual seguía tras su norte,
 Se advertía una calma,
 Que de un gusto interior llenaba el alma,
 Cuando Tírsa soberbia se presenta
 En medio del concurso, y á sus ojos
 La linda rosa con placer ostenta,
 Para dar á las otras mil enojos.
 No suelen, trabajando en la colmena,
 Susurrar las abejas diligentes
 Con murmullo más ronco, que las damas,
 Pasadas de dolor, llenas de pena,
 Regañando entre dientes,
 Al ver deshechas sus astutas tramas;
 Y poco á poco el ruido fué creciendo
 Con tan horrible estruendo,
 Que el orden que al principio se advertía,
 Se volvió confusión y algarabía.
 Sobre todas furiosa
 Estaba Quica hermosa,
 Por mirar cuán en vano
 La destructora mano
 De sus tres campeones
 Desmanteló de Tírsa los balcones.
 Miróla airada con torcido gesto,
 Y arrancando de presto
 Para salir afuera,
 Con la bata volcó (¡quién lo creyera!)
 Un juego de ajedrez ya adelantado.
 Hallábase apremiado
 El rey por un alfil con furia brava,
 Que á la mano derecha le enfilaba;
 Un caballo saltando
 Ardoroso le estaba amenazando,
 Y estrechando una torre poderosa;
 Ya la gente de á pie por todos lados
 Cercábase animosa;
 Ya estaban destrozados
 Los fuertes batallones;
 Ya no había oficiales ni peones;
 Ya la reina contraria,
 Viendo la suerte vária
 A su favor, cansada del combate,
 Le daba un jaque mate,
 Y ya el rey inclinaba su cabeza
 Tanto á su brio como á su belleza;
 Ella iba á laurear su hermosa frente,
 Cuando, cual terremoto, de repente
 El campo de batalla se conmueve
 Con el porrazo alevé
 Que al pasar le dió Quica con la bata.
 La lid se desbarata,
 Y se miran postrados juntamente
 Régias coronas y plebeya gente,
 Y los soldados de los dos partidos
 Mezclados, confundidos,
 De suerte que aquel día
 Al lado se veía
 Del humilde peon el caballero,
 Y del ya vencedor el prisionero.
 Los dos, que la batalla dirigiendo
 Con el talento y mano, marcialmente
 Se estaban divirtiendo,
 Con aquel accidente
 Inmóviles quedaron de repente.
 Quica sale entre tanto,
 Y por Clara pregunta á toda prisa;
 Hé aquí á Clara vertiendo amargo llanto,
 Que con trémulo pié la sala pisa,
 Y con la voz turbada á su señora
 Estas razones dice:
 «La rabia de los cielos vengadora

Se acaba de mostrar á una infelice.
 Ya todo se ha perdido.
 ¡Cuánto mejor nos fuera no haber sido
 Un tiempo afortunadas,
 Para vernos ahora desgraciadas!
 Fué un tiempo venturoso,
 Que sobre el sexo hermoso
 Tuvisteis el imperio más cumplido;
 Fué el gusto, fué el obsequio, y fué de Quica
 La joya más preciosa, la más rica;
 Pero en el día es polvo, es humo, es viento
 Lo que era entonces el mayor contento;
 Ya en el jardín no existe aquella rosa,
 Aquella que servía de trofeo
 A la hazaña más grande y más gloriosa.
 Siento ruido, me alarmo, corro y veo....
 ¡Cómo podré sin lágrimas decirlo,
 Ni vos tampoco sin pesar oírlo!»
 Clara aquí se detuvo, y enjugando
 Sus rosadas mejillas, «¡Cuándo, cuándo,
 Exclama con el rostro enardecido,
 Hubiera yo creído
 Que el cielo tan en contra se mostrará!
 ¡Oh fortuna crúel, fortuna avara!
 Yo, yo misma, señora, por mis ojos
 He visto su abandono, sus enojos.
 La maceta, que erguida descollaba
 Sobre todos los cuadros recortados,
 Hecha pedazos con dolor estaba,
 Y sus preciosos tientos derramados.
 Quedéme muda á vista de un suceso
 Que nunca imaginé.... Súbitamente
 Me faltaron las fuerzas, lo confieso;
 Volví del susto, y con afán ardiente
 Busqué la rosa, en vano; que los cielos,
 Para darnos furiosos desconsoles,
 Su robo decretaron,
 Y quizá á los ladrones ayudaron.»
 Calla Clara, y ardiendo en rabia Quica,
 Con torvo ceño su furor explica,
 Mudando cada instante
 De color y de gesto su semblante.
 Así un rato callando permanece,
 Y la graciosa Clara se estremece;
 «En fin, la dice, vamos, pues lo quiere,
 Ni gracia ni favores de mí espere.
 Mas antes, Clara, juro
 (Y éste es un juramento firme y duro),
 Juro por mi abanico que, apartado
 Del diente elefantino poderoso,
 No crecerá ya más, ni codiciado
 Será del africano belicoso,
 Pues en manos del diestro inglés ha sido
 En muy distinta forma convertido;
 Juro, digo otra vez, por este escudo,
 Esta arma, esta defensa, este portento,
 Que nos suele servir en todo evento,
 Y sólo un sabio producirlo pudo
 (Y ya ves que una dama no es posible
 Que encuentre juramento más terrible),
 Que con Tírsa jamas haré las paces;
 Veréla abandonada
 De todos sus secuaces,
 Y de mí no tendrá consuelo alguno.
 Y algún día vendrá que el importuno
 Aquilon su peinado descomponga;
 No hay miedo que la mano en él yo ponga;
 Dejaré que el cabello á su albedrío
 Onde por los hombros y la frente,
 No compondré algún pliegue impertinente,
 No pondréle alfiler; auxilio mio
 Ni jamas se lo piense ni lo intente.»
 Dijo, y entrando en el salon, repara
 A Tírsa, que del uno al otro lado
 Con paso mesurado
 Y gallardía rara
 Anda, vuelve, se pára,
 Cual gallo jactancioso que ha logrado
 Con un combate sanginoso y fiero
 Al contrario arrojar del gallinero,
 En medio del serrallo se pasea,
 Se goza, engríe, ufana,

Y en una y otra juvenil sultana
 Su vista pone, su afición emplea.
 Igual en la soberbia, no en los hechos
 (Que nunca son capaces
 De amores tan fugaces
 Los generosos pechos),
 Tírsa á todos con aire afectuoso
 Y semblante sereno
 Demuestra el dón precioso
 Que por trono logró su ardiente seno.
 A vista de un lugar tan distinguido,
 De una flor tan hermosa, del vestido
 Que el triunfo realzaba,
 Y del nuevo peinado que llevaba,
 Cada cual á porfia
 A la triunfante Tírsa repetía
 Requeiebros y gracejos con dulzura.
 Oyelo Quica, y, llena de amargura,
 Maldice interiormente
 Su bárbara ventura;
 Mas luego, con furioso continente,
 Se encara á Tírsa y dice: «Turbadora
 De todo mi contento,
 ¡Imaginas que ahora
 Con esa nueva especie de tormento
 Abates mi valor? ¡Cuán engañada!
 ¡Qué mal conoces la terrible furia
 De una mujer airada!
 Jamas perdona la pasada injuria,
 Y no la estorba nada.
 Hasta encontrarse á su sabor vengada.
 Así, si eres tan fuerte como altiva,
 Prepárate al combate, yo te reto.»
 Tírsa responde al punto: «Yo lo aceto.»
 Y resuena la sala: «Viva, viva.»
 Esta fué la señal de un choque ardiente;
 A las armas acuden prestamente;
 Cruje la seda, el abanico sueña,
 Hecha pedazos salta la ballena,
 Ríese la tertulia á carcajadas,
 Retumban las palmas
 Con un estruendo enorme estrepitoso;
 Enciéndese la lid, y con furioso
 Ímpetu se entremezclan los partidos.
 ¡Cuántos jóvenes fueron mal heridos
 Por una risa, un toque, una mirada!
 Ardiendo en ira Tírsa y agitada,
 Se encuentra con los fieros combatientes
 Que sus rosas robaron,
 Atónitos quedaron
 Al contemplar sus prendas excelentes,
 Y á una sola mirada se rindieron.
 ¡Cuánto los tres sintieron
 Haberla ocasionado tanta pena!
 Mas Quica, que los vió, de furia llena,
 «Cobardes, dice, ¡con vileza tanta
 Os dejais arrancar de vuestra frente
 El lauro que ganásteis altamente?
 ¡Una mujer tan débil os espanta?
 ¡Adónde está el valor tan ponderado?
 ¡Acaso vuestro esfuerzo limitado
 Está á robos nocturnos? ¡Por ventura
 Temeis más que al rigor á la dulzura?
 Me avergüenzo de verlo. Vamos, vamos;
 Lo una vez emprendido prosigamos.»
 Calló Quica, y los incultos varones,
 A tan fuertes razones,
 Cubiertos de rubor, en sí volvieron;
 Mendo y Pardo signieron
 Sus consejos y huellas al instante,
 Mas Nuño, vacilante
 Entre el honor y Tírsa, se detuvo.
 Embelesado estuvo
 Contemplando su rostro placentero,
 Y al fin se declaró su prisionero.
 Pasa Quica adelante
 Y se encuentra á Balbino, que arrogante
 Pretende disputarle la victoria;
 Balbino, que, nacido
 Entre el lujo y molición,
 Merece un puesto clásico en la historia
 Por haber recorrido

Toda la superficie
 De Europa cual balija de correo,
 Haciendo del talento digno empleo,
 Pues se viste de Holanda y á la inglesa,
 Fuma á lo turco, come á la francesa,
 Baila en polaco, canta en italiano,
 Llorra en dinamarqués, ríe en prusiano,
 Se enfada á lo alemán, grita á lo ruso,
 De cada parte admite el mejor uso,
 Y tal es su manía y embeleco,
 Que hasta echarse á dormir lo hace á lo sueco.
 Acérase con aire desdenoso,
 Clava los ojos en la hermosa Quica,
 Y hablando con reposo,
 De esta manera su elocuencia explica.
 «¡Por qué es esa cuestión? ¡Por una rosa?
 ¡Por tan pequeña cosa?
 No merece el enfado de una dama.
 Dejad ya vuestra pena,
 Y que Tírsa la goce enhorabuena;
 Que á mayor lauro la fortuna os llame.
 ¡No lo conocéis ya? Pues aseguro
 Que nunca yo me he visto en tanto apuro.
 Bien claro lo demuestra mi semblante.
 Inferid vos, señora, lo restante.»
 Dijo y se sonrió, y echando mano
 A la hueca corbata, se la estira,
 La ordena, la compone, la da gracia.
 Al verlo tan ufano,
 Quica se enciende en ira,
 Y no pudiendo soportar su audacia,
 Le mira con furor, le aterra, abate,
 Y al fin le pone fuera de combate.
 No ménos atrevido se presenta
 El machacho Florindo,
 Como las Gracias, como Adónis lindo,
 Que apenas veinte primaveras cuenta,
 El luciente cabello ensortijado
 Onde por la frente deliciosa,
 La leche pura y la encendida rosa
 Se mezclan en su rostro con agrado,
 Sus ojos fuego arojan, y su boca
 A la virgen más tímida provoca.
 Como naturaleza
 A manos llenas le otorgó belleza,
 No cuida del ornato y compostura,
 Y así encanta su mórbida figura
 Como aquellas estatuas griegas, donde
 Ninguna gracia natural se esconde.
 En sí propio Florindo confiado,
 Al combate con Quica se prepara,
 Y con aire risueño y desenfadado
 Por enemigo suyo se declara.
 «Yo, yo, la dice, vengo pecho á pecho
 A probar que tu robo fué mal hecho.»
 Dice, y aguarda, y el salon resuena
 Como cuando algún río, derrocado
 De un peñasco elevado,
 En torno todo con su ruido atruena.
 Al uno y otro lado
 Se dividen los fuertes combatientes
 Que ocupan la tertulia, y ya pendientes
 De la pugna trabada,
 Bajan sus armas, fijan sus escudos,
 Están atentos, se mantienen mudos,
 Y al fin y al cabo no consiguen nada;
 Porque Quica, irritada
 De tener por contrario un tierno mozo,
 Que al labio superior no adorna el bozo,
 Al modo de un mastín, cuando embestido
 Se mira de perillos indecentes,
 Que no hace caso del sutil ladrillo,
 De sus saltos y esfuerzos impotentes,
 Sigue con paso lento y comedido;
 Mas si ve que se jactan insolentes
 De que el triunfo por ellos se declara,
 Alza el anca, los moja y no se pára;
 Ella, sin agitar su grave paso,
 Le mira con desden, no le hace caso.
 Corrido el joven, del desprecio llora,
 Y en un rincón se mete sin consuelo;
 Las damas, que lo advierten, forman duelo,

(Tanto un rostro enamora
Si en él se pinta la cruel angustia);
Le cercan todas con la cara mustia,
Le consuelan, le halagan, le recrean,
Que darle gusto con ardor desean.
Tiene, empero, tal fuerza la lisonja,
Que en sí vuelve, se ensancha cual la esponja,
Y girando los ojos con agrado,
Hace resucitar todo el estrado.
En tanto Amira abate á Fenisardo,
De cuerpo airoso y corazon gallardo;
Belisa á Félix, á German Drnsila,
Silvia toda una fila.
Desbarata de ilustres combatientes,
Que á sus plantas imploran la clemencia;
Filib hace proezas excelentes,
Nerina ve rendir en su presencia
Las armas y el sosiego á los soldados,
Que están de su osadía más preciados;
Ina y Berarda, con igual ventaja,
Cada cual por su lado rompe y raja.
Mas á la parte opuesta se advertía
Que los hombres llevaban la victoria.
Por el gran Filemon Cloe gemía,
Que la supo vencer con tanta gloria;
Salicio extremos de valor hacia,
Dignos de conservarse en la memoria,
Rindiendo á Clori, á Marcia y á Lidora
Con su dulce elocuencia encantadora.
Cantaba Paco, y á su blando acento
Venían las muchachas como á Tébas
Las piedras que formaron su cimientto,
O como se salían de las cuevas
Las duras fieras admiradas cuando
Aníon y Orfeo estaban entonando.
Su modulada voz, su dulce gracia
En tocar la víbuela sonora,
Su gesto complaciente, su eficacia,
Hacían la armonía más gustosa.
¡Qué de cosas cantó! No hubo tirana
Halagüeña, saltante y abatida
Que no fuese tres veces repetida;
Cantó la *malagueña* y *sevillana*,
El *fandango* de Cádiz punteado
Con nuevo tono en cada diferencia;
La jota bulliciosa de Valencia,
El quejumbroso polo agitanado,
Seguidillas, *manchegas* placenteras,
Y de Murcia las rápidas *boleras*.
A cada cosa nueva que cantaba,
El furioso Tristan se levantaba
Con el rostro encendido,
Ojos descañados,
El ropaje al desgaire y descañido,
Los brazos levantados
A guisa de maestro de capilla,
Y poniéndose en pié sobre una silla,
«Bomba, bomba», clamaba; y en profundo
Silencio le atendía todo el mundo.
Entonces, con la lengua balbuciente,
Diez versos enhilaba de repente,
Alabando al cantor y echando flores
A las damas, que oían embobadas;
El techo retumbaba á las palmadas,
El piso retumbaba á los clamores;
Y estos dos reunidos,
A fuerza de cantares y epigramas,
Tenían á los hombres aturdidos,
Quitando muchas ramas
Del laurel inmortal de la victoria,
Que con tanto trabajo y tanta gloria
Estaban adquiriendo las guerreras,
Agitando el salon por frioleras.

CANTO VIII.

Indeciso el combate se mostraba
Cuando Lucinda hermosa se aparece;
Sobre toda la gente descollaba
Como un roble que erguido al lado crece
De la abatida desmedrada planta,
Y á todos los más altos se adelanta.

Era Lucinda la más fiel amiga
De Quica, y era toda su esperanza;
Tembló al mirarla Tírsa, su enemiga,
Y Quica se llenó de confianza.
Entra en combate, y con volver los ojos
Venice, avasalla, desordena y mata;
Todos sus armas rinden por despojos,
Y las fuerzas de todos desbarata,
Y aunque por sus rigores todos mueren,
Ser sus esclavos sus vencidos quieren.
El primero de todos fué Faustino,
Siempre callado, pero siempre fino,
Que eterna lealtad juró al punto;
Rindió Emilio después su erguido cuello,
Aquel raro conjunto
De amargo y dulce, de deforme y bello;
El tercero fué Alonso, deslumbrado
De su inmensa blancura,
Más que la leche mantecosa y pura,
Quedó á sus plantas con rubor postrado.
De esta suerte abatiendo á los varones
Con sus raras acciones,
La victoria por ella se declara,
Y sin embargo, su furor no para.
No de otro modo el Xanto vorticoso
Vió correr sus orillas presuroso
Al formidable Aquiles,
Desbaratando á miles
Los cobardes atónitos troyanos
Que daban en sus manos,
Y hollar á los caballos espumantes
Escudos de diamantes,
Los cuerpos moribundos destrozando,
Cuya sangre, saltando,
Las ruedas y los ejes salpicaba,
Y su cara manchaba,
Sin dar de compasión señal alguna.
Así, de su fortuna
Lucinda satisfecha, se pasea
Con pompa y majestad; así pelea,
Cuando un guerrero con ardor se opone
Y á singular combate se dispone.
¡Qué nuevo Héctor es éste que, atrevido,
Quiere arrancarla el lauro merecido?
Decid, Musas, su nombre; haced patentes
Su rostro, su estatura,
Su vigor y sus prendas eminentes,
Pues tuvo sobre todos tal ventura.
Mas ¡ah Tiempo cruel! Tú, que has querido
Preservar del olvido
A Sinon, á Tersites, á Erostrato
Y á tantos otros célebres bribones,
Te has mostrado mezquino, y aun ingrato,
Con la nata, la flor de los varones,
Borrando para siempre el nombre angusto
Del guerrero robusto
Que, con aire sereno,
Sin artificio alguno, y con el seno
Descubierto, preséntase á Lucinda;
La gran Lucinda, siempre vencedora,
Que á ninguno se opone que no rinda,
Y juzga ser de todos ya señora.
Mas ¡ay! que en el momento que le mira,
Se estremece y suspira,
Y dando un paso atrás, medio difunta
Cae en los brazos de Elia, que allí junta
Estaba, y la recibe con espanto.
Bañada entonces con amargo llanto,
La valiente amazona exclama: «¡Ah! muero»,
Y en un sofá sentóse desmayada.
Quica, que ve el estrago del guerrero,
Y por él la victoria declarada,
Se aturde y palidece;
Pero más su pesar y rabia crece
Cuando ve que el contrario toma aliento
Y que la fiera Tírsa en un momento
Consigue mil ventajas prodigiosas,
Haciendo gestos y diciendo cosas,
En señal de alegría
Del triunfo que consigue en aquel día;
Pues todos los guerreros concurrentes
La aplauden de mil modos diferentes,

La cercan y la esnechan con tal pasmo
Que el gusto se convierte en entusiasmo.
Entonces sus balanzas de oro toma
El padre de los dioses y los hombres;
Pone en un lado los soberbios nombres
Que lustre dieron á la Grecia y Roma;
Puso allí su valor, puso su gloria
Y sus hechos más dignos de memoria,
Y en el otro el furor de las guerreras;
Y ésta, cayendo con su peso al suelo,
Eleva la primera sobre el cielo.
Pone luego las causas verdaderas
De esta guerra fatal contra la rosa.
¡Oh fuerza prodigiosa
De esta flor delicada!
Apénas la tocó, que derribada
La balanza quedó, cual si tuviera
El peso más enorme.
«Preciso es que al destino me conforme,
Dijo el padre, con cara placentera.
Llama á la Presuncion y á la Venganza;
Marchad, marchad, les dice, sin tardanza;
A Quica y Tírsa dadles vuestro amparo;
Por mí tenéis licencia;
Mas también os declaro
Que no he de permitir vuestra presencia
En esta lid horrenda, sino en tanto
Que de la rosa exista el dulce encanto.»
Parten; la Presuncion, hinchada y vana,
Espectros y visiones lleva en torno;
La Venganza, con cólera inhumana,
Viboras venenosas por adorno
En su frente coloca,
Y rayos centellantes
Arroja por los ojos y la boca.
Corren ganando instantes;
Llegan y pisan el salon, y al peso
De la fiera Venganza se estremece;
Pero la Presuncion, cual humo espeso,
Las calientes molteras oscurece.
Se acerca la Venganza, y ve á Lucinda
En un mórbido asiento desmayada;
Ve sus ojos de fuego, su tez linda,
Los unos sin su luz, la otra manchada
De un cárdeno color como el de muerte,
Y exclama, al contemplarla de esta suerte:
«¡Oh vil ociosidad, oh indigno estado
De un pecho belicoso y esforzado,
Que se deja arrastrar de la congojal
Y arrancando con rabia de su frente
Una vibora ardiente,
La da al aire tres vueltas, y la arroja.
En el pecho de mármol cae, y luego
Por medio de la gasa se desliza,
Recorre lo interior con vario juego,
La nieve apremia, y el coral atiza;
Donde más hielo encuentra, pone fuego,
Y el corazon suave volcaniza;
Ella arde, gime, hénase de enojos,
Venganza espárcese por la boca y ojos,
Levántase con aire de despecho
Del persiano sofá, busca al instante
Al guerrero triunfante,
Que tantos daños con su vista ha hecho;
Mas no son sus esfuerzos de provecho,
Que el glorioso adalid al otro lado
Con ánimo esforzado
Prosigue, consiguiendo mil trofeos,
Que halagan sus beligeros deseos.
Vélo Lucinda, ve que su contrario
De lauro ciñe la orgullosa frente,
Contempla su valor extraordinario
Y llora su desdicha amargamente;
Se le desprenden lágrimas pesadas,
Sin querer, de sus ojos; y arrojando
Un suspiro cruel de cuando en cuando,
Produce estas palabras mal formadas:
«¡Y qué! ¿Veréme con rubor vencida?
¿Veré que mi contrario, ya triunfante,
No aprecia la victoria conseguida,
No estima un corazon fiero y amante?
¿Con este fin ¡ay Dios! me ha sojuzgado!

¡Oh libertad hermosa! ¡Oh libre estado!
El, cual abeja en medio de las flores,
A todas liba y en ninguna pára,
Y yo le doy, en cambio de rigores,
Por templo el pecho, el corazon por ara.
¡Qué vergüenza! ¡Qué rabia! Sin tardanza
Vengamos el agravio. Sí, ¡venganza!
Y «venganza», repite la tertulia,
En el hueco salon «venganza» suena,
Y el eco de «venganza» el aire llena.
Lucinda, cual leona de Getulia,
Parte, prosigue, y logra mil despojos,
Girando en torno sus hermosos ojos.
Mas la fiera Venganza, no contenta
Con el encono de esta todavía,
Nuevos combates con furor fomenta,
Y nuevas huestes á la lid envía.
A Quica y Tírsa busca, y con su aliento
Les infunde su rabia y ardimiento.
Al modo de dos vientos encontrados,
Partiendo de dos sierras diferentes,
Que derriban los troncos elevados
Y derrocan las peñas eminentes,
Llegan, chocan, retronan, y espantados
De los continuos rayos refulgentes,
Los pastores recobran su cabaña
Con medroso temblor y prisa extraña.
Quica y Tírsa, cada una por su parte,
Tremolando de amor el estandarte,
De victoria en victoria se adelanta;
Donde ponen la planta
Un lauro erguido crece,
El concurso á su vista se estremece,
Y teme los efectos de su furia;
Mas ellas, siempre atentas á su injuria,
A fuerza de rendir jóvenes necios,
A fuerza de desdenes y desprecios,
Y á fuerza de rigor se abren camino;
Se avistan, palidecen, y sin tino
Corren, vuelan, se avanzan, y ya, cuando
Se llegan á juntar, la lid se para,
Tírsa entonces, tomando
La linda rosa, con risueña cara
A Quica la presenta.
«Toma, toma, la dice; estoy contenta
En que te la coloques en el pecho:
El mio, satisfecho
Con los humos, inciensos y oblaciones
Que debo á los varones,
No necesita adornos extranjeros.
Tú, que armaste, feróz, á tres guerreros
Para que mis balcones asaltaran
Y mis graciosos fiestas destrozaran
A fin de parecer al mundo hermosa,
Necesitas sin duda de la rosa.
Tómala, te la cedo;
Que ni aun con ella me ocasionas miedo.»
Como suele un mastin valiente, asido
A la recia cadena,
Regañar entre dientes, si atrevido
Algún le provoca,
Así la hermosa Quica se enajena,
Y arroja espesa espuma por la boca,
Y con la voz turbada
Replica á su enemiga afortunada:
«Ni cuando las macetas poseas,
Y á ninguno sus rosas regalabas
(Prueba del grande miedo que tentas),
Ni cuando los aplausos disfrutabas,
En más dichosos días,
De aquellos insensatos
Que en tu obsequio ahorraban muchos ratos,
Ni el contemplarte ahora
Como reina y señora
De la más linda rosa que vió el mundo,
Me produjo jamás pesar profundo;
Sólo, sí, he pretendido
Abatir ese orgullo desmedido
Con que ultrajar pretendes todas cuantas
Damas hermosas en el pueblo brillan,
Poniéndolas rendidas á tus plantas;
Mujeres como yo nunca se humillan,

Nunca ceden la palma de más bellas:
Esta es la causa, al fin, de mis querellas.
Así no pienses disfrutar serena
De esa rosa, ni dar con ella pena;
Que para unos ultrajes tan villanos
Tengo yo atrevimiento, tengo manos.
Dijo; y haciendo, con furor se arroja
Sobre la hermosa flor, se la arrebata;
Con el golpe terrible la maltrata,
La rompe, la marchita, la deshoja.
Como los copos densos de la nieve
Cubren los montes en el Norte helado,
Así las hojas, al porrazo alevé,
Descienden y entapizan el estrado.

Mas ¡oh caso estupendo y espantoso!
Todas las rosas con que el sexo hermoso
Adornaba su pecho rozagante,
Cayeron destrozadas al instante
Que la rosa de Tírza fué abatida.
Con esta general triste caída
El salón y tertulia conmovióse;
Pero en ninguna vióse
Más señas de furor, más arrebató
Que en Tírza desgraciada;
Estuvo grande rato
A su intenso dolor abandonada.
La vana Presunción, que vió cumplidos
Los decretos del padre soberano,
Deshecha ya la rosa, y aturdidos
A todos los guerreros y guerreras,
Tomando á la Venganza de la mano,
«Vámonos, dice, vámonos ligeras;
Dejemos descansar, pues es preciso,
Los corazones tú, yo las molleras.»
Sigue su sabio aviso
La furibunda diosa;

Parten, y calma la inquietud rabiosa.
Vuelve Tírza por fin; se irrita, llama
A su socorro á la Venganza horrenda;
Mas ésta ya se huyó, y en vano clama;
No hay nadie que la ayude ni la atienda,
Mas entonces Otondo, compelido
De la graciosa paz (que al ronco ruido
De la empezada guerra
Abandonó el extremo de la tierra,
En donde se encontraba desterrada),
Púsose en medio de la lid trabada,
Y para sosegar sus corazonas
Les dijo estas dulcísimas razones:
«¡Oh graciosas mujeres, destinadas
Para inspirar dulzura al sér humano,
Cuán erradas vivís, qué equivocadas,
Si pensáis que un adorno endeble y vano
Os da realce para ser amadas!
Y ¡qué dolor tan grande, que, al tirano
Imperio de la moda sometidas,
Gasteis en ella las preciosas vidas!
Nosotros aplaudimos, lisonjeros,
Un peinado con gusto concebido,
La gracia de las cintas y plumeros
Y el primoroso corte de un vestido;
Mas, justos en los juicios, y severos,
No es jamás nuestro voto concedido
Sino á la más hermosa, más galana,
Aunque se muestre envuelta en toca lana.
Y á veces en extremo nos agrada
Encontrar en el bosque ó la maleza
Una flor olorosa y agraciada,
Porque excede infinito su belleza
A la que en un jardín, como forzada
Nos suele producir naturaleza,
Que, á pesar de los gastos y cuidados,
Son sus engendros siempre desmedrados.
Si, penetradas de verdad tan pura,
Pusiérais cuidadosos nuestro esmero
En asuntos más nobles, de más dura,
Vuestro triunfo sería verdadero,
Y al punto detestada la locura
De hacer por un objeto tan ligero
Una guerra tan fuerte y horrorosa;
Pues ¡qué vale un adorno! ¡Qué una rosa!
¡Oh triste condicion de los mortales,

Que por nada se agitan, que una avena
Los enciende en las guerras más fatales,
Y el orbe todo con su furia truenal
Y andando el hombre siempre tras los males,
Nunca en pos de la dicha se enajena;
De aquella dicha que la paz infunde
Y nunca con el vicio se confunde.
Mas dejemos al mundo que prosiga
Con sus vueltas cual loco desatado,
Y pongamos ya fin á la fatiga
Que sin razon la rosa os ha causado.
Ambas podeis, con amistosa liga,
Obtener de lo hermoso el principado,
Y unidas vuestras fuerzas poderosas,
Quedar en todo evento victoriosas.
La causa de la guerra, aniquilada
Está por permisión del justo cielo;
No existiendo las rosas, excusada
Es ya toda contienda, todo anhelo.
Esta asamblea os pide arrodillada
Que la volvais al punto su consuelo;
Pues su mayor contento consistia
En vuestra antigua risa y alegría.»

Dijo; y postrados á sus piés ya todos
Las palabras confirman
Del grande Otondo por diversos modos,
Y en sus ruegos se afirman.
Una y otra guerrera
Sus esplendentes ojos rodearon,
Y á una vista tan dulce y lisonjera
Inmóviles quedaron;
Mas luego mutuamente se arrojaron
Con ímpetu á sus cuellos, derramando
Un torrente de lágrimas preciosas,
Con ellas demostrando
Aquellas sensaciones deliciosas
Que tiene una alma noble, arrepentida
De una accion no debida.
Estuvieron un rato así abrazadas,
Perdiendo con el gusto los sentidos;
Resonaba el salón con las palmadas,
Con los vivas y aplausos repetidos,
Y todo lo que un tiempo imprimió susto
Daba entonces placer, causaba gusto.
¡Oh vosotros, amantes!
Si tenéis todavía en la memoria
Los felices instantes
Bañados de placer, llenos de gloria,
En que, despues de tiempo de enfadados,
Volvisteis otra vez, reconciliados,
A los brazos hermosos
Que os causaban deliquios deliciosos,
Conoceréis la fuerza del contento
Que sintieron las dos en el momento
De arrojar de sus nobles corazonas
Las pasadas injustas sinrazones,
Excediendo su heroico vencimiento
A todas las acciones
De Alejandro, de César y de enantos
Sólo causaron con su espada llantos.

POESÍAS ASIÁTICAS.

..... *Carmina non prius*
Audita
Virginibus puerisque canto.
HORATIUS.

ADVERTENCIA.

Siéndome forzoso, para otra obra que estaba trabando, el consultar los usos y costumbres de los orientales, encontré en mi camino estas flores de la poesía asiática, las que he ido recogiendo para formar un ramo y presentarlas á los amigos de las Musas. En este mi trabajo he procurado mostrarlas cuales son, de suerte

que, aunque en diverso traje, no las desconozcan sus paisanos, pues conservan su tono nacional y sus maneras. En ninguna de las traducciones se echará de ver mejor que en las *gacelas* ó odas de Hafiz, en las que, en casi todas las que la tienen, he retenido la repetición de la palabra. Verdad es que esto sólo se puede hacer en castellano, en donde los romances de todos metros facilitan estas repeticiones, que entre nosotros es una gracia y en las demás lenguas europeas una dificultad casi invencible á causa de la precisión de la rima. Al principio hice mis traducciones en verso suelto, porque para mí es el más generoso, segun la expresión de Argensola, y porque en él se pueden trasladar todas las bellezas del original sin alterarlas en lo más mínimo. Sin embargo, para contentar á los que miran con ceño esta metrificación, he hecho con rima ó con asonantes las posteriores; pero no he podido menos de dejar como estaban las primeras. Me prometí que los amantes de la verdadera poesía distinguirán estas composiciones llenas de fuego é imágenes pintorescas, de las insulsas filosóficas prosas rimadas que nos han venido de algun tiempo acá de allende de los Pirineos, vendiéndonoslas como buena mercancía. Los genios españoles, que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginación, deben abandonar esas gálicas frialdades, y no desdafiarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales sueñan con honor algunos hispanos, cuyas obras yacen sepultadas en el Escorial.

EL CONDE DE NOROÑA.

Á MI ESPOSA.

Mitad del alma mía,
Ahora que la guerra,
Con sus gritos, de Europa
A los cisnes ahuyenta,
Ven conmigo á los campos
De la Arabia y la Persia
A escuchar de sus musas
Las gratas cantinelas.
Son como tú sencillas,
Son como tú halagüeñas,
Y están, como tu pecho,
De dulce fuego llenas.
Y no porque se expliquen
En otro idioma, temas
Que sus nativas gracias
Su colorido pierdan;
Las musas orientales
Son tu imagen perfecta;
Tú con cualquiera traje
Pareces siempre bella.
En tu precioso seno
Acógelas risueña,
Como el olmo recibe
La desmedrada yedra;
Para que se desplieguen
Con tu arrimo, florezcan,
Y de amenos vergeles
Pomposo adorno sean.

POESÍAS ÁRABES.

AL DESIERTO DE MITATA,

POR LEBID BEN RABIAT AL AMARI (1).

Ya Mitata no existe: derrocadas
Sus casas, templos y su muro hermoso,

(1) Lebid es uno de los siete poetas, pleýade antigua de Arabia, que escribieron los idilios llamados *Moallacat*. Llamábanse los otros seis: *Amrakéis*, *Tharajáh*, *Zohéir*, *Antarah*, *Amri*, *Hareth*. (Estas notas y las siguientes de estas *Poesías asiáticas* son del mismo NOROÑA.)

Sólo ruinas se ven, piedras gastadas,
Y un desierto extendido y pavoroso.
Los cauces del Riana, ya cegados,
Ningun vestigio de su forma ofrecen;
Como en piedra caracteres grabados,
Que al rigor de la edad desaparecen.

¡Cuántos años corrieron desde el día
Que tus lindas muchachas recatadas
Admitieron gustosas la fe mia
Y fueron sus promesas aceptadas!
¡Cuántas veces rocío regalado
Primavera vertió sobre tu frente!
¡Y cuántas el tonante cielo el Prado
Pulsó (2) con grueso rápido torrente,
Lanzando de las nubes tenebrosas
De la tarde, la noche y la mañana,
Repitiendo en las rocas cavernosas
Su voz el trueno con porfía insana!

Sobre el ántes lozano verde suelo
Las ramas de la ortiga agora ondean,
Y en la margen del río, sin recelo
El avestruz y antilope vaguean.

La gacela, de grandes ojos, mora
Aquí con sus hijuelos, les demuestra
El uso de su planta voladora,
Y en su anchuroso campo los adiestra.

A veces la corriente procelosa
Edificios descubre destruidos,
Como la pluma en mano artificiosa
Escritos restituye ya perdidos.

Ó cual diestro punzon (3), que derramando
El glasto por las manos delicadas,
Con finisimas fintas va marcando
En la nieve las venas azuladas.

Me paro á preguntar: ¡oh, cuán ociosas
Son todas mis palabras y cuestiones!
No hay peñas que me escuchan amorosas,
Y el viento desvanece mis razones.

Piso su campo abierto y espaciado,
Como ántes, cuando toda mi alegría
En él estaba, y ¡ay! renuevo ansioso
Aquel amargo desgraciado día.

En que ellas al primer albor partieron,
Y en que las de su tribu presurosas
En sus fuertes camellos las siguieron
Cubiertas de sombrillas envidiosas (4).

Y veo del bastón pender en torno
Espesos redoblados velamentos,
De variado color, con rico adorno,
Siempre agitados por lascivos vientos.

La suelta cabra del riscoso *Tuda*
Con ojo atento las observa y mira;
La antilope del *Veyra*, absorta y muda,
Sus dulces gracias y belleza admira.

Sus huellas sigo yo por los senos
Tornos que forman los cortados ríos,
Y vapores espesos (5) vagarosos
Las arrebatan de los ojos míos.
Cuanto memoria á mi constante pecho
Renueva del *Novara*, ya ha pasado;
Mas todavía no, no se han deshecho
Los lazos firmes con que estuve atado.

(2) El verbo *pulsar* está usado aquí en la acepción de *sacudir* ó *golpear*. (Nota del Colector.)

(3) Ó cual diestro punzon. Tienen las mujeres árabes la costumbre de hacer unas picaduras ligerísimas sobre las venas de las manos y brazos, y frotar sobre las incisiones un polvo azul, extraído de la hierba llamada *glasto*, para darles una apariencia más brillante, las que renuevan luego que empiezan á borrarse.

(4) *Sombrillas envidiosas*. Las mujeres en el Oriente, cuando viajan en sus camellos, llevan unos grandes quitasoles, de los que penden en derredor estofas de algodón de varios colores, con las que ocultan el rostro y todo el cuerpo, como se descubre en la estacion siguiente.

(5) *Vapores espesos*. El vapor de que se habla aquí se llama *serab* por los árabes; es casi lo mismo (y probablemente procede de una causa semejante) que aquellas neblinas que á veces se levantan sobre la superficie de un río, una tarde de verano, despues de un día caluroso. Son muy frecuentes en las llanuras ardientes de la Arabia; y cuando se ven á cierta distancia parecen un anchuroso lago; pero segun se va acercando el sediento caminante, percibe su engaño. En la poesía árabe el *serab* es el emblema común de una esperanza frustrada.